

portaciones al mercado norteamericano para reducir su déficit comercial. Las conclusiones no son muy optimistas ya que, tomando en cuenta las últimas disposiciones de la Ley de Comercio norteamericano de 1979, la fuerte recesión del país del norte y las crecientes críticas de los exportadores al comercio "subsidiado" de nuestro país, permiten augurar un creciente proteccionismo en el mercado de Estados Unidos ante la llegada de nuevas exportaciones provenientes del Tercer Mundo.

Federico Salas, en su trabajo sobre recursos acuíferos compartidos en la frontera norte del país, subraya que ante el uso anárquico e intensivo de los mismos y las consecuencias que esto pueda traer para las actividades agrícolas y urbanas, es necesaria la búsqueda de mecanismos para impedir su agotamiento, calidad y utilización adecuada. Concluye que las instituciones y procedimientos ya existentes —como la Comisión Internacional de Límites y Aguas— pueden abrir el cauce a contactos iniciales para mejorar el clima bilateral en su conjunto.

Gabriel Rosenzweig analiza las relaciones económicas entre México y Centroamérica a partir de 1979. Afirma que, ante las transformaciones estructurales por las que está pasando esa región, la típica relación política que nuestro país ha mantenido con la misma y los objetivos comerciales que guiaban la política exterior de México hacia Centroamérica, sería erróneo dejar en el olvido el importante cambio cualitativo en las relaciones bilaterales a partir del Acuerdo de San José y los programas de ayuda a Nicaragua, haciendo algunas consideraciones en torno a los caminos que pueden seguirse a futuro.

Las contribuciones externas de la profesora Green se refieren a las causas que llevaron a México a tener una participación más activa en el Diálogo Norte-Sur y su papel como mediador en la Cumbre de Cancún de octubre de 1981. Marcela Serrato, por su parte, analiza la incidencia de los problemas financieros del país con su política petrolera internacional y el efecto que ésta pueda tener en sus relaciones con las naciones de la OPEP.

Ante el cambio de las relaciones de fuerza a nivel internacional y la propia situación económica y política interna de los Estados Unidos y México, este tipo de estudios especializados son de gran valor pues aportan elementos y reflexiones que nutren una discusión necesaria en los círculos académicos y políticos sobre el rumbo que deberá

seguir nuestra política exterior y el replanteamiento de sus fundamentos.

Para concluir, es pertinente hacer una leve crítica al orden temático del texto. No existe un hilo conductor al saltar de aspectos relacionados con potencias medias a la buena vecindad México-Estados Unidos. En principio, se debieron haber agrupado los estudios sobre este último rubro y hallar un punto de unión con el artículo de Marcela Serrato sobre petróleo y el de recursos acuíferos de Federico Salas. Posteriormente, hubiera sido deseable continuar con la aportación sobre Centroamérica, México como potencia media regional, la diplomacia multilateral y, a manera de síntesis totalizadora, el análisis de Olga Pellicer.

Sergio Sierra Bernal.

Francisco Cuevas Cancino, **Bolívar en el tiempo**. México, El Colegio de México, 1982.

Rafael Heliodoro Valle, **Bolívar en México**. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1983.

Entre los diversos actos académicos que se han realizado con el fin de ensalzar al Libertador de América, Simón Bolívar, sobresale la reimpresión de dos trabajos de género muy diverso, pero de gran importancia cada uno en su campo. Se trata del libro *Bolívar en el tiempo* de Francisco Cuevas Cancino, publicado por El Colegio de México, en 1981 para conmemorar el sesquicentenario de la muerte de Bolívar, y reeditado al año siguiente, y de *Bolívar en México*, de Rafael Heliodoro Valle, reimpresso por la Secretaría de Relaciones Exteriores, en 1983, para conmemorar el segundo centenario del nacimiento del Libertador.

El libro de Cuevas Cancino tiene una primera característica: a pesar de que se trata de un trabajo voluminoso (463 páginas) está escrito con una gran pluma, ágil, elegante, sin caer en el rebuscamiento. El autor coloca verdaderamente a Bolívar en el tiempo: el suyo, el de sus mayores, el de América, el de España.

Simón Bolívar nace en Caracas el 24 de julio de 1783, cuando en España reinaba Carlos III de la casa de Borbón, quien habría de enemistarse fatalmente con Inglaterra, debilitando al mismo tiempo el poderío español en sus colonias y contribuyendo de manera muy importante al resultado final: su independencia, a partir del loable esfuerzo de sus libertadores y de los pueblos, pero contando con el apoyo británico. Ese es el primer tiempo, el tiempo carolingio, el del entorno, el del propio Carlos III y su hijo Carlos IV, el de España, y

de alguna manera también el de Europa de los últimos decenios del siglo XVIII y principios del XIX.

Tiempo de juventud de Bolívar, miembro de la séptima generación de Bolívares, enraizados en Venezuela a partir de la llegada del primero de ellos en 1589. Su familia recorrió un largo camino desde entonces, y cuando el Libertador de América nace, lo hace en la aristocracia caraqueña, de cuyos "pesados estatutos", dice el autor, deberá desprenderse Simón Bolívar para dejar de ser mautano y convertirse en llanero.

El tiempo de juventud de Bolívar es también, siguiendo a Cuevas Cancino, su tiempo de soledad. También lo es de estudiar y formarse, y como las élites de entonces lo hace en Europa. Humboldt y Bompland están entre sus maestros europeos. Simón Rodríguez y Miranda tienen importante peso en su formación americana. Antes de los veinte años se casa y fatalmente queda viudo muy pronto, afirmándose más aún esa soledad que lo acompañará hasta su propia muerte. Sin embargo, esto no impide, sino que, inclusive tal vez, alienta su interés en los grandes temas de la política: interés que se transforma en pasión y después en lucha, no sin la indiscutible inspiración derivada de su tiempo al lado de Napoleón Bonaparte.

Al tercer capítulo de su libro Cuevas Cancino lo llama tiempo bobo. Es el tiempo de los preparativos, tanto de los espirituales, pues es necesario terminar de forjar la ideología, como de los materiales. Es el tiempo de las decisiones, de las primeras batallas, de las que se pierden para poder ganar la guerra. Son años también que marcan profundamente al Libertador. Está la rebelión de Miranda, maestro y padre surrogado de Bolívar: su captura, liderada por el propio Libertador y su emprisonamiento. Está el exilio de Simón Bolívar. Está el fin de las ilusiones europeas (boicotear a Francia en espera del resurgimiento de la monarquía española) y el principio de la madurez: en adelante, "habrá que hacer la guerra criolla" dice el autor antes de iniciar su cuarto capítulo.

Tiempo de muerte; el ardor libertario recorre a América y al frente cabalga Simón Bolívar. En 1812 publica su gran documento llamado *Manifiesto*, al que habrán de seguir otros igualmente importantes, entre los que destaca la Carta de Jamaica de 1815. En todos ellos la idea central es clara: Libertad para América. Después de ese fallido primer intento, en el que participa a Miranda, en 1813 entra triunfante, pero todavía ... para

quedarse, en Caracas. Bolívar libera países: Venezuela, Colombia; todos los países andinos le están en deuda, pero libera también a los esclavos.

En 1821, consolida la revolución de independencia en América, Bolívar "descansa". Acepta la presidencia venezolana, con duración de cuatro años, y se prepara para redondear, a partir del Congreso de Panamá, su sueño: una América liberada, pero unida en una confederación que la fortaleciera e hiciera imposible su reconquista. Ideal anfitriónico que no superó el entorno de los sueños. Sueño que muere con la muerte del Libertador, en 1831. De todo eso dan cuenta los capítulos quinto, sexto y séptimo: tiempo de mar, tiempo del río y tiempo de forja.

El penúltimo capítulo —Testimonios fuera del tiempo— no es menos interesante que los anteriores, e incluso lo es tal vez más. Se trata de un conjunto de documentos de diversa naturaleza, todos ellos de Simón Bolívar: cartas, memorias, discursos, documentos políticos como el "Decreto de guerra a muerte", el "Manifiesto del Libertador", la "Carta de Jamaica", la "Declaración de la República de Venezuela", etc.

Concluye el libro con el capítulo El tiempo de Bolívar, constituido por una útil cronografía en la que se aprecia de conjunto: el tiempo bolivariano (su historia personal y la de su lucha); el tiempo americano (la historia de la libertad); el tiempo español (la historia de la derrota); el tiempo europeo (la historia del entorno); y el tiempo en la ciencia y en las artes (la historia del contexto humanista). Se tiene así un panorama de todo aquello que dentro y fuera de Simón Bolívar ejerció sin embargo influencia en él y contribuyó a su forja como hombre y como Libertador.

Una nota bibliográfica, un índice onomástico y un índice geográfico cierran el excelente trabajo de Francisco Cuevas Cancino, que demuestra en él, como en el resto de su abundante e importante obra escrita, sus destacadas cualidades: su profundo conocimiento de la historia, su seriedad y apego a las fuentes, su capacidad de interpretación y renovación, su enorme cultura, su humanismo, su sabiduría sin prepotencia.

Por su parte Heliodoro Valle se encargó de compilar las cartas que Bolívar escribiera sobre México, así como las comunicaciones de personas que tuvieron relación directa con el Libertador y que a través de su correspondencia dejaron algún testimonio de sus nexos con México.

La coincidencia de movimientos libertadores gestados en la Nueva España y en la Nueva Gra-

nada hizo que Bolívar estuviese muy pendiente del acontecer de los hechos en México, país que para él siempre tuvo un influjo muy especial. Desde su primer viaje en 1799 y después durante su rápida visita a la "opulenta México" en 1813, sus reflexiones sobre México se vuelven cada vez más constantes. La lucha de independencia, desde sus inicios hasta la caída del gobierno español, es motivo de constante preocupación para el Libertador, que en ningún momento dudó se lograría llevar a cabo. Muchos de nuestros próceres, particularmente Morelos, eran harto conocidos por Bolívar, que además admiraba el espíritu religioso de los insurgentes mexicanos.

La edición de la recopilación de los 59 documentos apareció por primera vez en 1946 como publicación del Archivo Histórico Diplomático Mexicano y efectivamente muchos de los documentos recopilados relatan la historia diplomática entre México y la Gran Colombia, a través de las cartas que los delegados plenipotenciarios o encargados de negocios de ambos países escribieron durante la década de 1820.

La historia diplomática entre las dos naciones estuvo llena de vicisitudes: los delegados nombrados nunca fueron del total agrado de ninguna de las dos naciones; el delegado mexicano, por ejemplo, parece que no tuvo mucha simpatía por Bolívar; el enviado colombiano también fue objeto de quejas por parte del gobierno mexicano, etc.

Entre los documentos más importantes se incluye la carta de Bolívar invitando a México a concurrir al Congreso continental de Panamá en 1824, para formalizar la Confederación de las Repúblicas de Colombia, México, Río de la Plata, Chile y Guatemala a través de una asamblea de plenipotenciarios "que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades, y de conciliador, en fin, de nuestras diferencias". Se añade también el Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua de México y la Gran Colombia con las Ratificaciones y Enmiendas de Soberano Congreso Mexicano.

Rosario Green y Ma. Amparo Canto.

Pascal Salin, *L'ordre monétaire mondial*. Paris, Presses Universitaires, 1982, 252 pp.

El libro del doctor Salin tiene como objetivo central explicar los mecanismos de funcionamiento

del sistema monetario internacional y señalar los principios que deberían presidir su reforma. En su opinión, son las fuerzas del mercado las que deberían regir dicha reforma, sin interferencia de las autoridades nacionales de los distintos países que integran el sistema; de hecho, culpa a esas autoridades de causar los desórdenes que se atribuyen al sistema monetario internacional, en tanto que detentan el monopolio de la emisión monetaria y con él la posibilidad de generar desequilibrios.

Salin encuentra respaldo teórico a su argumentación en proposiciones desarrolladas por Friedrich A. Hayek y Miltón Friedman, y señala que el apoyo pragmático a su posición se encuentra en los acontecimientos monetarios internacionales registrados a partir de la crisis de 1971, mismos que, por cierto, son reseñados con detalle por el autor.

Pascal Salin concluye su elaboración teórico-práctica señalando que el orden monetario mundial propuesto por él, basado en concepciones liberalistas, bastante ortodoxas, vendría a sustituir al orden internacional actual, en tanto que se trataría de una intrincada red de relaciones, no tanto entre estados soberanos, sino entre sistemas monetarios nacionales, regidás, básicamente por las fuerzas del mercado, y con una incidencia mínima de las autoridades públicas.

Se reconoce en Salin, un apoyo a las propuestas fundamentales del monetarismo clásico, tales como el "Estado mínimo", a cargo de las tres funciones básicas del Estado del siglo XIX: administración de justicia, defensa de las fronteras nacionales y construcción de ciertas obras públicas. Está también implícita la idea de la "mano invisible", reguladora de todos los desequilibrios y representante de la acción individual, supuestamente colectiva en sus beneficios —que fascinara a los ideólogos del modelo liberal del siglo pasado: Adam Smith y David Ricardo—, así como otros conceptos difundidos por Hayek, Friedman y sus seguidores de todos los tiempos.

El libro constituye, como su propio autor lo señala, una obra fundamentalmente teórica. Si Salin recurre a la historia económica reciente, lo hace más bien con el fin de probar su tesis central: los desórdenes monetarios registrados a nivel internacional reflejan actuaciones equivocadas de autoridades monetarias nacionales; equivocadas no sólo en sus manifestaciones concretas, sino en su expresión más general, porque, en su opinión, las autoridades monetarias no deberían intentar reglamentar el sistema más allá de su mínimo. Así, la